

SEMANA SANTA EN EL PUERTO DE LA CRUZ A PRINCIPIOS DEL SIGLO XX*

Jesús Hernández Martín

RESUMEN

La Semana Santa va precedida de la Cuaresma, que finaliza en la Semana de la Pasión. Durante la misma tienen lugar numerosas muestras de religiosidad popular, destacando por su vistosidad las procesiones. Este artículo trata de reflejar cómo eran las celebraciones de la Semana Santa en el Puerto de la Cruz, y alguna de sus tradiciones —ya desgraciadamente perdidas—, a comienzos del siglo xx.

PALABRAS CLAVE: Semana Santa, procesión, *pasos*, matraca.

ABSTRACT

«Easter in Puerto de La Cruz in The Early Twentieth Century». Easter begin with lent. During these forty days before the Holy Week, there are many acts of popular expression of faith. This article show how was the celebration of the Easter in early twentieth century Puerto de la Cruz.

KEY WORDS: Easter, processions, *pasos*, rattle.

A lo largo de los siglos, los historiadores e historiadores del arte han hecho uso de las fuentes orales, porque ellas nos acercan a acontecimientos y tradiciones que han sido vividos en primera persona, y complementan las noticias recogidas por otras vías. Es más, en muchas ocasiones recabar información de esta manera constituye la única fuente de la que se dispone para conocer detalles que no están publicados, y que sólo podemos conocer de boca de aquellos que las vivieron y que, de no ser así, se terminarían perdiendo para siempre. Muchas de estas informaciones —por desgracia— no han sido publicadas, caso del *Diario (Apuntes curiosos, de 1731 a 1767)* de José Antonio de Anchieta y Alarcón¹, manuscrito que se conserva en la biblioteca de Humanidades de la Universidad de La Laguna, donde el autor fue anotando todo lo más destacable acontecido en Tenerife por esos años. Otro tanto ha ocurrido con Antonio Pereira Pacheco y Ruiz (1790-1858)², quien fijaba en sus escritos todo lo que acontecía a su alrededor, ilustrando sus observaciones con pequeñas acuarelas y dibujos. Pereira nos dejó un buen legado que documenta la mayoría de los acontecimientos que le tocó vivir, pero desgraciadamente pocos

han sido editados. La mayoría de su obra está manuscrita pero muy dispersa y en parte desaparecida³. Otras por suerte sí han sido editadas, como ocurre con las *Memorias* de Lope Antonio de la Guerra y Peña, que fueron recogidas y publicadas por el Museo Canario en 1955⁴, o el *Diario* de Juan Primo de la Guerra, que el Aula de Cultura del Cabildo Insular de Tenerife editó en dos tomos en 1976⁵. Algunas —sin embargo— han tardado mucho más tiempo en salir a la luz, como ocurrió con los *Anales del Puerto de la Cruz de La Orotava 1701-1872*, de José Agustín Álvarez Rixo, quien, como persona meticulosa que era, se dedicó a recabar *todos los aspectos que configuran la ciudad que lo vio nacer, e intenta reseñar todas sus vicisitudes desde sus orígenes hasta 1872*⁶. Sus apuntes son una pieza fundamental para conocer los avatares, y por qué no también las anécdotas, que sucedieron en el Puerto de la Cruz, máxime teniendo en cuenta que en su momento el Archivo Municipal se perdió al producirse la quema del inmueble que lo cobijaba. Álvarez Rixo fue —a modo de diario— anotando todo lo que pasaba, día a día, no sólo en su pueblo natal sino en el valle de La Orotava. Por él conocemos anécdotas, los nombres de muchos de sus coetáneos, conflictos entre La Orotava y el Puerto, el tráfico de barcos en el muelle, sus fiestas y tradiciones..., pero hasta que no se procedió a su publicación en 1994, tan sólo unos pocos afortunados tenían acceso a esta valiosa información.

Para el caso de la Historia del Arte en las Islas, las *Impresiones artísticas de una excursión a Canarias* de Juan de Contreras (Marqués de Lozoya) ha sido el punto de partida para los primeros estudios en el campo de las artes plásticas⁷ en el Archipiélago. Y aunque muchas de sus hipótesis hoy en día están más que superadas,

* HERNÁNDEZ MARTÍN, Jesús: Semana Santa, 2011. Puerto de la Cruz, 10 de abril de 2011.

¹ ANCHIETA y ALARCÓN, José Antonio de: *Diario (Apuntes curiosos, 1731 a 1767)*, Manuscrito, Biblioteca de Humanidades, Campus de Guajara, Universidad de La Laguna.

² MARRERO RODRÍGUEZ, Manuela y GONZÁLEZ YÁNES, Emma: *El prebendado don Antonio Pereira Pacheco*. Instituto de Estudios Canarios, La Laguna, 1963.

³ Algunos ejemplares de su obra manuscrita se conservan en la biblioteca de Humanidades de la Universidad de La Laguna, así como en el Archivo de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife, en La Laguna, entre otros lugares. Algunos de esos títulos son: *Usos y costumbres de la ciudad de La Laguna (1809)*, *Historia de la erección de la Catedral de La Laguna*, *Descripción del volcán que reventó en Lanzarote en 1824*, *Descripción del cementerio de La Matanza (1828)*, *Ruinas ocasionadas en Tenerife por el aluvión del 7 de noviembre de 1826*, *Agudezas, chistes y sandeces de algunos canarios (1844)*, *Historia de Tegueste (1855)*, *Noticias de varios canarios ilustres de los que no hay retratos*, etc.

⁴ GUERRA y PEÑA, Lope Antonio de la: «Memorias», *Revista del Museo Canario*, Las Palmas de Gran Canaria, 1955.

⁵ PRIMO DE LA GUERRA, Juan: *Diario I. 1800-1807 y Diario II. 1808-1810*. Edición e Introducción por Leopoldo de la Rosa Olivera. ACT (Aula de Cultura del Cabildo de Tenerife) e Instituto de Estudios Canarios, Santa Cruz de Tenerife, 1976.

⁶ ÁLVAREZ RIXO, José Agustín: *Anales del Puerto de la Cruz de La Orotava. 1701-1872*. Introducción y notas a pie de página de M.^a Teresa Noreña Salto, con la colaboración de Emma Calero Ruiz e Hilda Hernández Molina, ACT (Cabildo Insular de Tenerife) y Patronato de Cultura del Ayuntamiento del Puerto de la Cruz, Santa Cruz de Tenerife, 1994.

⁷ CONTRERAS, Juan de (Marqués de Lozoya): «Impresiones artísticas de una excursión a Canarias», *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, Madrid (primer trimestre de 1944).

no cabe la menor duda de que, en su momento, ayudaron a redescubrir imágenes olvidadas. En este sentido, Jesús Hernández Martín, con su *Semana Santa en el Puerto de la Cruz a principios del siglo XX*, ha intentado hacer lo mismo, pues recopilando datos consigue crear un interesante retrato de la Semana Mayor portuense, recreando todos aquellos detalles que eran costumbre en la época y que en la actualidad se han perdido, pero gracias a sus escritos hoy sabemos que:

Antaño, al llegar el tiempo de Cuaresma, que comienza el Miércoles de Ceniza, se cubrían las imágenes de las iglesias con paños negros o de colores oscuros; de igual modo se hacía, también, con las cruces parroquiales que figuran en la manga y en los estandartes. El retablo del altar mayor de la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Peña de Francia, se tapaba completamente de arriba abajo con un velo negro, que se abría hacia los lados como una cortina. Delante del citado velo se colocaba una mesa; sobre ella y en la parte central iba el ara, una loseta cuadrada que en su interior contenía reliquias de los santos. Ara y loseta, como hoy, se cubrían con un mantel blanco llamado *sabanilla*. El frontal de la mesa se tapaba con colgaduras, con los colores propios del día litúrgico. Conviene recordar que las misas, por aquel entonces, eran matutinas y en latín; y que el sacerdote oficiante, sobre la obligada sotana se ponía el alba, el amito, el cíngulo, el manípulo, la estola y la casulla.

Durante las tardes tenían lugar el rezo del Rosario y las novenas, y en la Semana Santa se comentaba el *Ejército de Tinieblas*. Para esto se colocaba delante del coro, y muy próximo a él, una columna de madera de cierta altura, y adosado a ella un candelero triangular con quince velas llamado *tenebrario*. Previamente encendidas las quince velas, al son de unos salmos en latín, muy monótonos, que inducían al sueño, y a golpes de una pequeña matraca, las velas se iban apagando, quedando la iglesia casi a oscuras. Para encender y apagar las velas, los monaguillos disponían de una caña de unos cuantos metros de longitud, que llevaba insertadas en un extremo un trozo de mecha para encender y una capuchita metálica para apagar.

La Hermandad del Santísimo ocupaba cuatro largos bancos tapizados en rojo, cercanos al púlpito, dos a cada lado. A ellos les seguían otros cuatro pertenecientes a la Hermandad de Nuestra Señora de la Peña de Francia, esta vez sin tapizar y colocados en idéntico orden. Dichos bancos limitaban el amplio pasillo de la nave central de la iglesia.

En las cabeceras de las naves laterales se instalaban dos altos doseles de rojas colgaduras, uno en el lado de la Epístola y el otro en el lado del Evangelio. Bajo el primero se colocaba la imagen de la *Dolorosa*, y en el segundo el *paso* correspondiente al día. Así comenzaba la Semana Santa portuense, que se iniciaba el Viernes de Dolores con la misa mañanera, rezo del Rosario, sermón y procesión vespertina.

Todos los *pasos* procesionales se concentraban en el camarín, incluidos los del *Señor de la Humildad y Paciencia* y el *Crucificado* de brazos plegables que ocupa la urna del Santo Sepulcro, pertenecientes a la iglesia de San Francisco. En dicho camarín se arreglaban las vestiduras de las imágenes, se preparaban y limpiaban las de los *pasos*, se aseaban las colgaduras; allí se adornaban, se enramaban..., en resumen, se les acondicionaba para salir a la calle.

Los *pasos* que acompañaban en su recorrido callejero al titular del día se colocaban a la entrada del camarín, cerca del retablo del Gran Poder de Dios. Por



aquellas fechas los tronos eran llevados a hombros por costaleros, que se situaban bajo el interior de las mesas y de las basas, y que cobraban por su trabajo. La mayoría de los gastos, así como el cuidado de las imágenes, corrían a cargo de las Hermandades, además de a diferentes personas y familias particulares. Los *pasos* más caros eran el *Crucificado* —por su altura— y el *Santo Sepulcro* —por su peso—, pues requerían de mayor número de cargadores.

El Domingo de Ramos tenía lugar la bendición de los ramos en la plaza de la Iglesia a cargo del párroco, vestido con la capa pluvial. Finalizada la bendición, se organizaba la procesión hacia el templo, cuyo altar había sido adornado con grandes palmitos colocados en sus respectivos soportes para la Misa Solemne de las 11 de la mañana, la Misa Mayor, la Misa cantada como se la llamaba.

El Lunes Santo no había procesión. La hornacina del actual baptisterio la ocupaba el *Nazareno*, pues la imagen del *Señor de la columna* se incorporó mucho más tarde. El Martes Santo comenzaba por la mañana con Misa solemne en honor al *Señor de la Humildad y Paciencia*, y por la tarde procesión acompañado por *San Juan* y la *Dolorosa*; a su regreso, el correspondiente sermón. Normalmente por Semana Santa se solicitaba los servicios de un predicador de otros lares, un orador sagrado, que junto a la profundidad de sus pensamientos, tenía lo que Unamuno llamaba *oratoria poética*. Durante cierto tiempo los sermones se celebraban al entrar la procesión, y más tarde se cambiaron a la salida de ésta.

El Miércoles Santo tenía lugar la ceremonia del Velo. Para ello se colocaba un velo blanco a lo ancho del retablo del Altar Mayor, que ocultaba la mesa con el ara. Cuando el celebrante llegaba al pasaje que decía: *¡El príncipe de los sacerdotes rasgó sus vestiduras!*, se producía un gran estruendo en el templo y el velo blanco se abría completamente. El pasaje se cantaba en latín y, acto seguido, se preparaba todo para la Misa Solemne al *Gran Poder de Dios* y *Las Lágrimas de San Pedro*. Las imágenes procesionaban al atardecer, tras el consabido sermón.

El Jueves Santo, la Misa solemne estaba dedicada a recordar la Cena del Señor, con comunión general y Lavatorio de los pies a los doce apóstoles, personificados en doce hermanos del Santísimo. En el momento de entonar el *Gloria* sonaban las campanas por última vez; después, en su lugar, lo hacía una pequeña matraca. Concluida la misa, el Santísimo era trasladado al *Monumento* instalado en la capilla de la Inmaculada⁸ —actualmente se monta en la capilla de Nuestra Señora del Carmen—. Un Monumento original, histórico y de gran valor artístico que se decía había pintado don Luis de la Cruz, el pintor de cámara de Fernando VII.

A partir de las 12 horas de aquel Jueves Santo, entronizado ya el Santísimo, toda actividad se paralizaba en el pueblo. Se suspendían los espectáculos públicos, los comercios cerraban sus puertas, excepto los bares; las guaguas y los coches, no pasaban de la Punta de la carretera; una sensación de respeto y recogimiento se palpaba en el ambiente: *¡hoy no se canta, hoy no se juega, está el Señor muerto, decían*

⁸ La capilla de la Inmaculada, es la antigua capilla de los irlandeses o de San Patricio, situada a la derecha de la nave de la Epístola.



Procesión del *Gran poder de Dios*.

los chicos! El pueblo parecía envuelto en el silencio; un silencio que sólo se rompía con el ruido de la gran matraca de la torre de la iglesia, y por las voces de los vendedores de caramelos: *¡a los caramelos de paquete!* *¡A los caramelos de cuadritos!* Estos caramelos de fabricación casera, típicos de aquellos días de Semana Santa, eran muy nombrados, en especial los de doña Pepa, fina repostera procedente de las monjas de Garachico, esposa de don Pablo Marrero Brito, gran maestro de escuela. Sus caramelos eran pregonados por el popular *Cheché*. También eran muy celebrados los de doña Nina Ortiz, doña Catuja Hidalgo y doña Nieves. La receta de estos caramelos caseros era un secreto muy bien guardado, intransferible, igual que su tradición. A las cuatro de la tarde de aquellos Jueves Santos, los alumnos de los *padritos*⁹ recibían la orden de reunirse en el patio del colegio y, desde allí, salir en perfecta formación con el fin de visitar los *Monumentos*. Para esto se había preparado y ensayado un canto que comenzaba así: *en medio de esta gran indiferencia, cuando el mundo te deja solitario, Señor de los Señores, hoy hemos venido a gozar de tus amores y hacerte compañía en el Sagrario...*

Muchos de los cofrades que tenían turno de vela en el *Monumento* a partir de medianoche, se quedaban a dormir en el camarín, colocando una alfombra bajo la mesa de los *pasos* y a veces sufrían las bromas de aquellos que aprovechaban los

⁹ Colegio de los RR.PP. Agustinos, emplazado en la antigua Casa Ventoso, situada en la Plaza Concejil.

momentos de sueño más profundo para pintarles las caras con bigote y perilla, a modo de mosquetero, utilizando para ello un tapón de corcho quemado. En una ocasión la víctima fue don Manuel Rojas, persona que solía sustituir al solchantre en las misas cantadas. En la tarde de este Jueves Santo procesionaba el *Nazareno*, acompañado de *San Juan*, la *Verónica* y la *Dolorosa*, estas última escoltada por un buen grupo de señora y señoritas ataviadas con negros trajes y tocados sus cabellos con peinetas y la clásica mantilla negra.

El Viernes Santo, sobre las diez de la mañana, y de rigurosa casulla negra, tenía lugar la función religiosa cantada de la Pasión de Nuestro Señor. A su término, se procedía al acto de la Adoración de la Cruz, y cuando éste finalizaba, se procedía a colocar la Cruz delante del altar ubicado en un lugar preparado para la ocasión. El Santísimo se sacaba del *Monumento* y la ceremonia, con la media misa, se daba por concluida. A continuación salía de la iglesia el clero, acompañado de componentes de las Hermandades, portando sus estandartes, con las cruces descubiertas y numerosos fieles, para iniciar el rezo del Vía-Crucis. Éste tenía el siguiente recorrido: se bajaba por la calle de Quintana, se seguía por San Juan, Iriarte, Blanco, costado sur y oeste de la Plaza del Charco y San Felipe, para terminar en la capilla del Calvario, donde se realizaba el sermón del mediodía. A lo largo del recorrido callejero se rezaba en cada una de las cruces que adornaban —y adornan— las fachadas de las casas la *estación* correspondiente, excepto en la Cruz de don Diego Arroyo, ubicada en el costado sur de la mentada plaza, a la que se la conocía con el nombre de la *Cruz de los Masones*, aunque en realidad era la Cruz de la Constitución. La última *estación de penitencia* correspondía a la ubicada en la Cruz central de la capilla del Calvario. Con antelación, Manuel Perera, el eterno «guardián» de la Peñita¹⁰, había abierto las puertas de la ermita para recibir en ella al clero, hermandades y acompañantes que constituían el desfile pasionista. Unos días antes, las señoritas de «Canales»¹¹ —quienes durante mucho tiempo fueron las encargadas de la conservación y limpieza de la capilla del Calvario— habían engalanado y decorado el mismo, colocando sobre el altar macetas con *helechas* y cactus, camufladas con papeles de color tierra, dando así la sensación de monte. El frontal se tapaba con colgaduras negras y, para completar la escena, colocaban la cruz en el centro con el *Crucificado* de la capilla del cementerio; una imagen que solía traerla Manuel *catalina* de una manera discreta, durante la noche, cubriéndola con una sábana y echándosela al hombro. El conjunto se completaba con la *Dolorosa*, trajeada de negro y *San Juan Evangelista*, portando en su mano diestra la pluma y en otra el libro, vestido con su túnica morada y su capa azul «mareado» por los años. En el costado este de la puerta del Calvario, las hermanas ponían una tarima cubierta con un paño negro y sobre ella el púlpito, para que desde allí el orador sagrado se dirigiera al numeroso público que llenaba la calle. De pie o sentados en sillas traídas desde sus respectivos domicilios, asomados

¹⁰ Se refiere a la ermita —hoy parroquia— de Nuestra Señora de la Peñita, ubicada frente a la capilla del Calvario, en la calle de San Felipe.

¹¹ Mercedes Hernández del Castillo, y sus hermanas Lola y Juanita.



Los pasos preparados en la plaza de la iglesia.

a las ventanas o desde las azoteas de las casas cercanas, éstos seguían el sermón que en los primeros años será a «pleno pulmón», y posteriormente se haría con ayuda de altavoces. Esto era posible porque por aquel entonces, por la calle de San Felipe no pasaban más de tres coches, incluso los vecinos conocían la hora del paso de cada uno de ellos, caso de los de don Juan Galán, don Víctor Machado y el de Tomás Reid, que lo hacían cuando iban a la *chercha*¹².

Finalizado el sermón, se regresaba normalmente a la parroquia. Al parecer, este tradicional sermón del mediodía se perdió al crearse la parroquia de Nuestra Señora de la Peñita, pues bajo su jurisdicción quedó la capilla del Calvario. Su primer párroco, el padre Flores prefirió, para cumplir con esta finalidad, la iglesia de San Francisco, más amplia y alejada del barrio de la Ranilla.

Al frente de todas las procesiones de Semana Santa¹³ iban la manga, tapada de negro y con una pequeña colchoneta en la parte inferior, donde descansaba su cabeza el acólito portador, que vestía alba con alto cuello también de color negro,

¹² Nombre con el que se denomina al cementerio protestante, construido en el siglo XVII.

¹³ RUIZ ÁLVAREZ, ANTONIO: *La Semana Santa, la Custodia grande y las Andas del Corpus*, Puerto de la Cruz, 1951. *Idem*: «Apuntes históricos sobre la Semana Santa portuense», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 26 de marzo de 1956. *Idem*: «La Semana Santa en 1751. Nombre de los *pasos* y sus itinerarios hace ahora 216 años», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, marzo de 1967.



Virgen del Retiro.

y cíngulo con borlas de igual color. Los acólitos portadores de los ciriales vestían sotanas negras y roquetes blancos.

La tarde del Viernes Santo, procesionaban las imágenes de *San Juan*, la *Magdalena*, el *Crucificado* y el *Santo Entierro*, escoltado por miembros de la Guardia Civil, con uniforme de gala, tricornio sobre la espalda y fusil al hombro, con el cañón hacia el suelo. Detrás la *Dolorosa*, con su séquito femenino. Todavía no se había establecido la procesión de la madrugada con el *Cristo*, ni la Procesión Magna. De regreso a la iglesia, las imágenes iban directamente al camarín, excepto la *Virgen*, pues a las 10 de la noche se procedía a la lectura del sermón de la Soledad o del Retiro, procesionando la *Dolorosa* por el interior del templo hasta entrar en el camarín.

El Sábado Santo, por la mañana y en el exterior de la iglesia, tenía lugar la ceremonia del *Fuego Nuevo*. Se encendía el Cirio Pascual y se llevaba en procesión por el interior del templo acompañado por los cantos de la letanía de los santos. A cada nombre de santo, se respondía *Veneratus Domine*, al menos así sonaba a nuestros oídos. A continuación se procedía a realizar la *Bendición del Agua*. En el recipiente que contenía el agua, el oficiante introducía el Cirio Pascual, por el lado opuesto a la llama, y hacía tres cruces con él, al tiempo que recitaba sus preces en latín. La mayoría de los asistentes al acto iban provistos de botellas para llenarlas con el agua ya bendecida. Finalizado este rito se preparaba el altar para celebrar la misa propia de aquel día, una Misa Cantada. En el momento en el que el sacerdote exclamaba



Monaguillos.

Gloria in excelsis Deo, el velo negro que cubría el retablo mayor se rasgaba hacia los lados, dejando al descubierto las imágenes. Las campanillas y campanas de la torre de la iglesia comenzaban los repiques de Gloria, que acompañaban a los cantos hasta el final de los mismos. Los asistentes al culto aplaudían con entusiasmo. Era el día de *la Aparición de la Aleluya*, decían. Concluidos los oficios del día, la iglesia se cerraba para el público hasta el domingo de Resurrección.

Ese último día, Domingo de Resurrección, comenzaba con Misa solemne a las 11 de la mañana, y a continuación se iniciaba la procesión con el *Santísimo*, igual que se sigue haciendo en la actualidad, y con el tradicional descanso en el improvisado altar ubicado en el exterior de la casa de don Alonso del Hoyo¹⁴. En ocasiones, la Banda de Música entraba en la iglesia tocando, y en el momento en el que el sacerdote alzaba la custodia, interpretaba la Marcha Real. Más tarde, ayudándose de una pequeña escalera, el oficiante depositaba la custodia en el sagrario, igual que en la actualidad se hace en los días de «Adoración». Pero, en aquella época, el sagrario se abría y se cerraba de manera automática, tirando de una pequeña correa inserta a un resorte; la anilla de la misma asomaba por el costado sur del sagrario. Una vez cerrado el sagrario, se daba por finalizada la Semana Santa.

Por último, y a modo de curiosidad, ese domingo era costumbre que dos monaguillos, portando un *calderillo* con agua bendita y el hisopo, fueran rociando todas las casas del barrio, por lo que a cambio siempre recibían alguna *propinilla*.

¹⁴ En la actualidad es la Casa de los Hermanos de la Cruz Blanca, y anterior a ellos, fue sede del Colegio de la Pureza, frente a la casa de la familia Iriarte.

Por lo tanto, como información complementaria es como hay que entender este tipo de documentos, pues los datos que nos proporciona no están publicados en ningún sitio, sino que son fruto de las vivencias particulares del autor quien, en este caso, narra cómo se celebraba la Semana Santa en el Puerto de la Cruz en los primeros años del pasado siglo. Las costumbres, las anécdotas, incluso las comidas, etc., constituyen la esencia de esa celebración, donde había que utilizar los cinco sentidos para que toda esta «tramoya teatral» funcionara correctamente y te atrapara por unos días.

Recibido: 9-1-2012. Aceptado: 14-3-2012

